

de no volver á Jaén
sin dar moro en aguinaldo.
La seña que ellos llevaban
es pendón rabo de gallo ;
por capitán se lo llevan
al obispo Don Gonzalo,
armado de todas armas,
en un caballo alazano :
todos se visten de verde,
el Obispo, azul y blanco.
Al castillo de la Guardia
el Obispo había llegado :
sáleselo á recibir
Mexía, el noble hidalgo :
— Por Dios te ruego, el Obispo,
que no pasedes el vado,
porque los moros son muchos,
á la Guardia habían llegado ;
muerto me han tres caballeros,
de que mucho me ha pesado :
el uno era tío mío,
el otro mi primo hermano,
y el otro es un pajecico
de los míos máspreciado.
Demos la vuelta, señores,
demos la vuelta á enterrallos,
haremos á Dios servicio,
honraremos los cristianos.—
Ellos estando en aquesto,
llegó Don Diego de Haro :
— Adelante, caballeros,
que me llevan el ganado ;
si de algún villano fuera,
ya lo hubiérades quitado ;
empero alguno está aquí
que le place de mi daño :

no cumple decir quién es,
que es el del roquete blanco.—
El Obispo que lo oyera,
dió de espuelas al caballo ;
el caballo era ligero,
saltado había un vallado ;
mas al salir de una cuesta,
á la asomada de un llano,
vido mucha adarga blanca,
mucho alboroz colorado,
y muchos hierros de lanzas,
que relucen en el campo ;
metídose había en ellos
como león denodado :
de tres batallas de moros
la una ha desbaratado,
mediante la buena ayuda
que en los suyos ha hallado :
aunque algunos d'ellos mueren,
eterna fama han ganado.
Los moros son infinitos,
al Obispo habían cercado :
cansado de pelear
lo derriban del caballo,
y los moros victoriosos
á su Rey lo han presentado.

XXVII

Muerte del conde de Niebla don Enrique de
Guzmán

(Anónimo)

— Dadme nuevas, caballeros,
nuevas me queráis contar

de aquese conde de Niebla,
don Enrique de Guzmán,
que hace guerra á los moros,
y ha cercado á Gibraltar.
Hoy veo jergas en mi corte,
ayer ví fiestas asaz:

¿si algún grande ha fallecido
de Castilla y de mi sangre,
ó don Álvaro de Luna
el maestro y condestable?

—Ningún grande ha fallecido,
ni hombre de vuestra sangre,
ni don Álvaro de Luna
el maestro y condestable;
mas es muerto un caballero
qu'era su valor tan grande
que verédes á los moros,
en cuán poco vos ternán.

Por ayudar á los suyos,
podiéndose bien salvar,
por oír sólo su nombre,
por se oír sólo llamar,
tornó en un batel pequeño
á la braveza del mar.

Don Enrique es, rey, aqueste,
don Enrique de Guzmán:
dejad, señor, los brocados;
no querades más solaz.—

El rey oyendo tal nueva
hobo en extremo pesar,
porque tan buen caballero
no se quisiera salvar;
e mandó traer su fijo,
aquel que quedado le ha,
y de Medina-Sidonia
duque le fué á intitular.

XXVIII

Lance de juego entre el rey moro de Almería,
y Fajardo, alcaide de Loja

(Anónimo)

Jugando estaba el rey moro
en un ajedrez un día,
con aquese buen Fajardo
con amor que le tenía.
Fajardo jugaba á Loja,
y el moro rey á Almería;
jaque le dió con el roque,
el alferez le prendía.

Á grandes voces dice el moro:
—La villa de Lorca es mía.—

Allí hablara Fajardo,
bien oiréis lo que diría:
—Calles, calles, señor rey,
no toméis la tal porfía,
que aunque me la ganases,
ella no se te daría:

caballeros tengo dentro,
que te la defenderían.—

Allí hablara el rey moro,
bien oiréis lo que diría:

—No juguemos más, Fajardo,
ni tengamos más porfía,
que sois tan buen caballero,
que todo el mundo os temía.—

XXIX

El alcaide de Alhama es decapitado por orden
del rey

(Anónimo)

Pasébase el rey moro
por la ciudad de Granada
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarambla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada:
las cartas echó en el fuego,
y al mensajero matara.
«¡Ay de mi Alhama!»
Descabalga de una mula,
y en un caballo cabalga;
por el Zacatín arriba
subido se había al Alhambra.
«¡Ay de mi Alhama!»
Como en el Alhambra estuvo,
al mismo punto mandaba
que se toquen sus trompetas,
sus añafles de plata.
«¡Ay de mi Alhama!»
Y que las cajas de guerra
apriesa toquen al arma,
porque lo oigan sus moriscos
los de la Vega y Granada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Los moros que el són oyeron
que al sangriento Marte llama,
uno á uno y dos á dos

juntado se ha gran batalla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un moro viejo,
d'esta manera hablara:
—¿Para qué nos llamas, rey,
para qué es esta llamada?—
«¡Ay de mi Alhama!»
—Habéis de saber, amigos,
una nueva desdichada:
que cristianos de braveza
ya nos han ganado Alhama.—
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un Alfaquí
de barba cruda y cana:
—¡Bien se te emplea, buen rey!
¡Buen rey, bien se te empleara!
«¡Ay de mi Alhama!»
Mataste los Abencerrajes,
que eran la flor de Granada;
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada;
que te pierdas tú y el reino,
y aquí se pierda Granada.—
«¡Ay de mi Alhama!»

XXX

Sotomayor, conde de Belalcázar, muere de
traidora mano, en el sitio de Alora

(Anónimo)

Alora, la bien cercada,
tú que estás á par del río

cercóte el Adelantado
 una mañana en domingo;
 con peones y hombres de armas
 hecho la había un portillo.
 Viéradés moros y moras
 que iban huyendo al castillo;
 las moras llevaban ropa,
 los moros harina y trigo.
 Por encima del adarve
 su pendón llevan tendido.
 Allá detrás de una almena *muro de batallas*
 quedádose há un morillo
 con una ballesta armada,
 y en ella puesto un cuadrillo,
 y en altas voces decia,
 que la gente lo ha oído:
 —¡Treguas, tregua, Adelantado,
 que tuyo se da el castillo!—
 Alzó la visera arriba
 para ver quién lo había dicho:
 apuntáralo á la frente,
 salídale há al colodrillo.
 Tómale Pablo de rienda,
 de la mano Jacobico,
 qu'eran dos esclavos suyos
 que había criado de chicos.
 Llévanle á los maestros,
 por ver si le dan guarido.
 Á las primeras palabras
 por testamento les dijo
 que él á Dios s'encomendaba,
 y el alma se le ha salido.

XXXI

Muerte de Saavedra en la batalla de Río-verde,
 en las Alpujarras

(Anónimo)

¡ Río-Verde, Río-Verde!
 ¡ Cuánto cuerpo en ti se baña
 de cristianos y de moros
 muertos por la dura espada!
 Y tus ondas cristalinas
 de roja sangre se esmaltan,
 que entre moros y cristianos
 se trabó muy gran batalla.
 Murieron duques y condes,
 grandes señores de salva,
 murió gente de valía
 de la nobleza de España.
 En ti murió don Alonso,
 que de Aguilar se llamaba;
 el valeroso Urdiales
 con don Alonso acababa.
 Por una ladera arriba
 el buen Saavedra marcha:
 natural es de Sevilla,
 de la gente más granada;
 tras de él iba un renegado;
 d'esta manera le habla:
 —Date, date, Saavedra,
 no huigas de la batalla:
 yo te conocí muy bien;
 gran tiempo estuve en tu casa,
 y en la ciudad de Sevilla
 bien te vide jugar cañas:
 conocí á tu padre y madre

y á tu mujer doña Clara.
 Siete años fuí tu cautivo ;
 malamente me tratabas,
 y ahora lo serás mío,
 si Mahoma me ayudaba,
 y también tè trataré
 como tú á mí me tratabas.—
 Saavedra, que lo oyera,
 al moro volvió la cara.
 Tiróle el moro una flecha,
 pero nunca le acertaba ;
 mas hirióle Saavedra
 de una muy cruel lanzada.
 Muerto cayó el renegado,
 sin poder hablar palabra.
 Saavedra fué cercado
 de mucha mora canalla,
 y al cabo quedó allí muerto
 de una muy mala lanzada.
 Don Alonso en este tiempo
 bravamente peleaba ;
 el caballo le habían muerto,
 y le tiene por muralla ;
 mas cargaron tantos moros,
 que mal le hieren y tratan ;
 de la sangre que perdía,
 don Alonso se desmaya :
 al fin, al fin, cayó muerto
 al pié de una peña alta.
 También el conde de Ureña,
 mal herido, se escapaba,
 por guiarle un adalid
 que sabe bien las entradas.
 Muchos salen con el conde,
 que le siguen las pisadas :
 muerto queda don Alonso,
 y eterna fama ganada.

XXXII

Sobre la toma de galera

(De Ginés Pérez de Hita.)

Mastredajes, marineros
 de Huéscar y otro lugar
 han armado una galera
 que no la hay tal en la mar.
 No tiene velas ni remos,
 y navega, y hace mal ;
 el castillo de la popa
 tiene muy bien que mirar.
 La carena es una peña
 muy fuerte para espantar ;
 ¡ quien pudo galafatarla,
 bien sabe galafatar !
 No lleva estopa ni brea,
 y el agua no puede entrar
 sino por escotillón,
 hecho á costa principal.
 Marinero que la rige
 sarracino es natural,
 criado acá en nuestra España
 por su mal y nuestro mal :
 Abenhozmin há por nombre,
 y es hombre de gran caudal.
 Confiado en su galera,
 va diciendo este cantar :
 « ¡ Galera, la mi galera,
 » Dios te me guarde de mal,
 » de los peligros del mundo,
 » y del príncipe don Juan,
 » y de su gente española,
 » que te viene á conquistar !

»Si de este golfo me sacas
 »delante pienso pasar
 »á la vuelta de Toledo,
 »Madrid y el Escorial:
 »el Pardo y Aranjuez
 »los presumo visitar,
 »y llegar á las Asturias,
 »do otra vez pudo llegar
 »Abenhozmin mi pasado,
 »que vino de allende el mar,
 »y poseyó las Españas
 »casi mil años, ó más.»
 Estas palabras diciendo,
 la galera fué á encallar;
 no puede ir adelante,
 ni puede volver atrás.
 Cristianos la rodearon
 para haberla de tomar;
 toda es gente belicosa,
 con ellos el gran don Juan.
 Comienzan de combatirla,
 y ella quiere pelear
 sin darse á ningún partido,
 antes quiere allí acabar.
 Fuertemente la combate
 el de Austria sin la dejar;
 con cañones reforzados
 comienza á cañonear.
 Poco vale combatirla,
 que es fuerte para espantar,
 hasta que le arrojan dentro
 pólvora, fuego, alquitrán,
 con que la dan cruda guerra,
 y al fin la hacen volar:
 así acabó esta galera
 sin poder más navegar.

XXXIII

Noble resolución y estratagema de D. García, con la cual consigue que los moros levanten el cerco del castillo de Ureña.

(Anónimo)

Á tal anda don García
 por un adarve adelante,
 saetas de oro en la mano,
 en la otra un arco trae.
 Maldiciendo á la fortuna
 grandes querellas le dae:
 —Críome el rey de pequeño,
 hizome Dios barragane;
 dióme armas y caballo,
 por do todo hombre más vale,
 diérame á doña María
 por mujer y por iguale,
 diérame á cien doncellas
 para á ella acompañare,
 dióme el castillo de Ureña
 para con ella casare;
 diérame cien caballeros
 para el castillo guardare,
 basteciómelo de vino,
 basteciómelo de pane,
 basteciólo de agua dulce
 qu'en el castillo no la haye.
 Cercáronme los moros
 la mañana de san Juane:
 siete años van pasados
 el cerco no quieren quitare,
 veo morir á los míos,

no teniendo qué les dare,
póngolos por las almenas
armados como se estane,
porque pensasen los moros
que podrían pelear:
en el castillo de Ureña
no hay sino un solo pane,
y si le doy á mis hijos,
la mi mujer ¿qué harae?
Si lo como yo, mezquino,
los míos se quejarane. —
Hizo el pan cuatro pedazos
y arrojólos al reale:
el un pedazo de aquellos
á los piés del rey fué á dare.
—Alá, pese á mis moros,
á Alá le quiera pesare,
de las sobras del castillo
nos bastecen el reale. —
Manda tocar los clarines
y su cerco luégo alzare.

ROMANCES DOCTRINALES